

PEDRO AGUSTÍN SALMERÓN SANGINÉS



“La vía armada como forma de transformación del estado está cerrada”

La semejanza entre la época preliminar a la Revolución y la presente es la necesaria transformación por una vía no ensayada del modelo político y económico que ha acrecentado los abismos sociales. De esto y del trabajo del historiador habla en entrevista en ocasión de su visita al Museo de Historia Mexicana (MHM).

Edmundo Derbez
García

El licenciado, maestro y doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México –grados que obtuvo con mención honorífica– es ya uno de los mejores conocedores y difusores de la lucha revolucionaria, particularmente en estas regiones del norte y noreste mexicano. Y la conoce desde adentro, de las motivaciones sociales y políticas de los hombres y mujeres que empuñan un fusil en los escenarios de Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Chihuahua, Durango y San Luis Potosí que ha plasmado en exitosos libros como *La División del*

Norte: la tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo (Editorial Planeta, 2006) y *Los carrancistas. La historia nunca contada del Ejército del Noreste* (Editorial Planeta, 2010).

Además es autor de artículos académicos, capítulos en libros colectivos, varios prólogos y numerosos textos y artículos de difusión sobre la historia y la historiografía de México en los siglos XIX y XX. Asesor de contenido y miembro del consejo editorial de la revista *Relatos e historias en México*. Ha impartido conferencias en diversos foros y congresos y difundido sus trabajos históricos en programas de radio y artículos de periódico, además ha sido curador de las exposiciones *Magnicidios de la Revolución Mexicana* y *Aniversarios Mexicanos: 100 años de la Revolución, 160 años del Ferrocarril*.

Hablas en su introducción de estudiantes aferrados a sus catecismos teóricos, ¿qué observas que esté pasando en la formación que ofrecen las escuelas de historia?

En general no son las escuelas de historia sino la academia como lugar donde se produce y reproduce el conocimiento histórico que está en una crisis muy particular, incluso lo refleja la manera en que celebramos y conmemoramos este centenario y bicentenario. Los historiadores, salvo muy pocas excepciones, estamos de espaldas a la gente. Los historiadores nos leemos entre nosotros, escribimos para nosotros, de los lugares académicos no surgen libros que incidan en un público mucho más amplio, un público culto en términos genéricos, no hablemos ya de un público mayor. Cuando los buenos historiadores, los mejores historiadores de México tratan de escribir para el público amplio casi siempre fracasan. Y eso se está reflejando también en la formación de historiadores. Creo que cada vez hay menos presión y menos vínculo con el público mucho más amplio, es algo que está ahí y de alguna manera debemos resolverlo, ése es un gran desafío.

¿No será un problema del público que no lee?

No, es problema de los historiadores. Es muy fácil decir la gente no lee y si no lee es por floja. No es cierto: la gente está interesadísima en la historia. ¿Cómo lo se? Porque la gente sigue a los pocos difusores, algunos de ellos muy malos o muy sesgados –Catón y Francisco Martín Moreno–: la gente los lee con placer; la gente está habida de leer historia interesante. Yo colaboro en la revista *Relatos e historias en México* y ya está por los cincuenta mil ejemplares mensuales: una revista que empezó casi independiente con presupuesto para un año y ya es un éxito. No es culpa de la gente, es culpa de nosotros los

historiadores y de la academia que está en esa crisis de espaldas a la gente.

También mencionas la “epidemia académica de la especialización excesiva”, ¿podría explicarlo?

Es parte de esto. Si vas a un catálogo de tesis doctorales de los dos lugares de mayor prestigio donde se producen historiadores en México: el Colegio de México y la Universidad Nacional –de la que yo soy egresado–, es espectacular: tesis sobre minucias que no le interesan más que al que la hizo y a diez especialistas más. Entonces ¿qué resulta? Que los libros que producen los historiadores son tirajes de 500 a mil ejemplares de los cuales la mitad no se venden cuando la gente si quiere saber historia, está ansiosa de historia.

Como historiador sé que no podemos resolverlo si no sabemos de dónde viene y cuál es el origen de este problema múltiple: de la especialización excesiva, de aferrarse a catecismos teóricos, sobre todo catecismos teóricos posmodernos: estas ideas de la historia cultural, del desconstruccionismo, de la historia simplemente como narración histórica, de construir la narración histórica y todas estas cosas que ya ni siquiera tienen nombre, no sé exactamente de dónde vienen pero tienen que ver unas con otras y de la historia cada vez más técnica y más especializada y más de espaldas a la gente. Hasta este momento puedo ver el por qué esté mal la cosa, todavía no sé bien a qué se debe, aunque sí estoy pensándolo, estoy trabajándolo y sobre todo cómo resolverlo.

¿Cómo romper este problema?

Recuperando la pasión, recuperando la historia escrita con pasión, dirigida al público y no a nosotros.

¿Consideras, como alguna vez lo escribió Ramón Iglesias, a quien refieres, que se pondera más la



“La historia es una ciencia, no me voy a poner a discutirlo, la historia cuenta hechos que ocurrieron y que hay forma de confrontarlos y verificarlos, en ese sentido estoy en contra de muchas corrientes actuales que creen que la historia es nada más narración y por lo tanto en buena medida invención del historiador.”

búsqueda y hallazgo del documento que el análisis y la interpretación?

Sí, todo es volver a lo mismo.

Viendo que pones especial cuidado en estudiar los hechos en su contexto histórico, geográfico, político y social, ¿crees sea ésta una deficiencia generalizada?

La manera que personalmente he encontrado de no caer en estos vicios académicos es regresar a la historia social, a la historia de la gente y sobre todo a visiones generales, cosas que expliquen. Hay muchas otras pero es la forma que yo he encontrado. No sé si lo he logrado, pero mi libro de *La División del Norte* tiene ya cuatro reimpresiones y está a punto de salir la versión de bolsillo, entonces creo

en esta vuelta a contar historias de aliento que he estado ensayando aunque todavía no he encontrado la fórmula que quiero, espero encontrarla para el libro que sigue: un libro sobre la guerra civil de 1915.

¿Qué importancia le asignas al trabajo narrativo dentro de la historia?

Decisiva, parte de esto es que la historia tiene que estar bien contada, de lo contrario no hay forma de llegar al público, el lenguaje del historiador es el lenguaje narrativo: entre más narrativa sea una historia más posibilidades tiene de salir de este círculo estrecho. Es algo que también lo he ensayado, insisto, no sé que tanto lo he logrado porque no he encontrado todavía el tono que estoy buscando, lo sigo buscando pero lo he estado intentando. Creo entonces, regresando a la primera pregunta sobre la formación, no es posible que haya un montón de materias teóricas y no haya una sola materia obligatoria, ni siquiera optativa de narrativa en las escuelas de historia: debería haberla.

¿Crees que la historia veraz o real, por llamarla de un modo, que debe ser verificada y confrontada sigue cediendo paso a los mitos?

La historia es una ciencia, no me voy a poner a discutirlo, me parecería una discusión un poco banal, pero creo que la historia cuenta hechos que ocurrieron y que hay forma de confrontarlos y verificarlos, ésa es la primera tarea del historiador: la investigación de hechos que si ocurrieron, en ese sentido estoy en contra de muchas corrientes actuales

que creen que la historia es nada más narración y por lo tanto en buena medida invención del historiador.

¿Consideras que se ha avanzado firmemente en la reinterpretación de procesos como la Revolución mexicana?

Creo que no: las últimas dos generaciones no hemos avanzado gran cosa a partir del punto donde la dejó la generación de los historiadores nacidos antes de 1950 con libros de largo aliento publicados a fines de los años sesenta y principios de los setenta: *La guerra secreta* de don Frederick Katz, que murió hace unos pocos días, *La Frontera nómada* de Héctor Aguilar Camín, *La ideología de la Revolución mexicana* de Arnaldo Córdova, *Los precursores intelectuales de la Revolución mexicana* de James D. Cockcroft, *Los rebeldes vencidos* de Carlos Martínez Assad, *The Mexican Revolution and the Anglo-American Powers* de Lorenzo Meyer, *Zapata y la Revolución mexicana* de John Womack.

Por ejemplo: yo estoy en total desacuerdo con muchas de las interpretaciones de Womack pero ninguno de los historiadores posteriores que se han dado cuenta de los errores profundos del libro han podido producir uno semejante. Me refiero particularmente a Pancho Pineda, Felipe Ávila, Horacio Crespo y Salvador Rueda. Ninguno de ellos, ni los cuatro en conjunto, han logrado hacer una obra aunque saben muchísimo del zapatismo y su versión sea mucho más precisa y mucho mejor que la de Womack.

También estoy en rotundo desacuerdo con la visión que da Alan Knight. Yo he escrito incluso en la revista más seria que hay en este país para la discusión histórica: *Historia Mexicana*, que no sólo se equivoca sino que miente, que tiene un manejo sesgado de fuentes y lo he probado, estoy esperando que me responda y no lo ha hecho.

Sin embargo, no hemos podido producir una visión global de la Revolución mexicana y la posrevolución de largo aliento ni avanzar gran cosa de donde la dejaron todos ellos y esto quizá se deba, por un lado, que a los historiadores de la Revolución, en parte, nos pesan estos nombres y, por otro, en lugar de buscar estas interpretaciones de aliento la mayor parte de los historiadores recientes de la Revolución están en las minucias, en los detalles, en lo que faltó, en la historia cuantitativa y en la historia cultural.

En el libro del Ejército del Noreste, como lo hiciste anteriormente en el del Norte, como que marchas entre la tropa y hablas con sus jefes...

Eso es lo que trato de hacer, sí.

¿Qué es lo que más te llama la atención de estos hombres?

Ya que dices que marchas entre la tropa y que busco la explicación social y quiénes son los soldados, lo que más me llamó la atención de los carrancistas, de los soldados del Ejército del Noreste comparados con los de la División del

Norte —del ejército villista— es su lejanía de los mandos. A diferencia del Ejército del Norte, que es un ejército eminentemente popular y revolucionario donde hay un permanente nexo entre la tropa y los jefes, en el del Noreste ese nexo no existe. Es un nexo disuelto por los jefes a través de una serie de mecanismos entre ellos la profesionalización del ejército, la conversión de este Ejército del Noreste en un ejército profesionalizado en donde el jefe retribuye al soldado a través de la paga y la seguridad y a través de esa retribución el jefe puede desligarse de las demandas de la base, ignorarlas o utilizarlas sólo de manera retórica de tal manera que los jefes puedan hacer su propia revolución,

"Por primera vez un libro sobre la Revolución mexicana explica a los hombres a través de la geografía. Son las condiciones de Chihuahua y La Laguna las que le dan sentido a los protagonistas de la División del Norte. Una obra excelente".

Paco Ignacio Taibo II

LA DIVISIÓN DEL NORTE

PEDRO SALMERÓN

La tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo



llevar a cabo su propia agenda omitiendo, ignorando o mejor dicho soslayando las demandas de la base. Esa es una de las grandes lecciones de lo que aprendí sobre los carrancistas comparado con el ejército villista.

¿Estás de acuerdo con la idea de que los carrancistas aprovecharon una revolución social para hacer su revolución burguesa?

No, yo creo que ellos desde el principio propusieron una revolución política y solamente una revolución política y desde el principio trataron de detener la revolución social, luego algunos de los más inteligentes, de los más radicales, trataron no de detenerla sino de canalizar la parte social de la revolución para mantenerla encuadrada dentro de lo

que ellos creían que era lo correcto para el país o dentro de lo que ellos querían para el país.

¿Eso lleva a la ruptura?

Sí, lleva a la ruptura revolucionaria: los que quieren la revolución política contra los que quieren la revolución social. Una vez destruido el antiguo régimen viene la necesaria ruptura entre los dos grandes mundos.

Venustiano Carranza no quiere una reforma agraria, nunca la quiso, nunca la prometió, nunca habló a favor de ella y luego ya en el poder hizo todo lo posible porque no se llevara a cabo. Los villistas y los zapatistas en cambio querían una reforma agraria no desde el estado –como la que vino después– sino inmediata, radical y desde abajo. Había una diferencia de fondo.

¿Qué personalidad de estos revolucionarios te ha impactado más?

En el prólogo digo que los carrancistas nunca me habían gustado. Ya conociéndolos más de cerca algunos me resultan atractivos. Hay un personaje que cuando estudias a los carrancistas no deja de atraer: Lucio Blanco resulta la figura más interesante del mando carrancista, un personaje muy particular. Luego vienen algunos menores: Alberto Carrera Torres en Tamaulipas y de los nuevoleonese sin duda el más interesante es Antonio I. Villarreal pero es Lucio Blanco la figura más atractiva del noreste.

¿Tendrá que ver entre otros aspectos el haber realizado el primer reparto agrario de la revolución?

Es por su forma de ser. Ese reparto agrario es una cosa menor y una figura meramente simbólica, sumamente exagerada en Tamaulipas, y es justamente ese reparto desde arriba y parcial, nada que ver con el agrarismo villista y zapatista. En ese sentido el reparto agrario de Lucio Blanco no lo separa, no lo distingue y no lo hace distinto de los demás mandos del carrancismo.

Partiendo de lo que expones: que los vencedores de la Revolución –el empresariado y la clase económica– lograron detener la revolución social en México.

Si, si lograron pararla, la detuvieron, así es...

¿Esta aún permanece latente?

Tan es necesaria una transformación del régimen que ahora es necesaria otra. Siempre me preguntan por los paralelismos y ciclos históricos, no hay paralelismos ni ciclos históricos, cualquiera que estudia la historia con relativa seriedad se dará cuenta que no existen pero sí las semejanzas y la enorme semejanza que yo veo son los enormes abismos sociales existentes ahora que son resultado de dos cosas que también son semejantes: el agotamiento de un modelo político. Creo que todos los mexicanos tenemos claro que el régimen político, el pacto social emanado de la Constitución de 1917 ya no funciona, debemos buscar un nuevo modelo político y el agotamiento también del modelo económico es evidente, primero, que



“El gobierno actual no quiso, no supo, no pudo conmemorar el centenario y bicentenario porque no sabe, no quiere, no puede usar la historia porque no la entiende y no le gusta.”

ya no da para más y, segundo, lo único que ha hecho es acrecentar los abismos sociales y los niveles de pobreza. Me parece evidente que urge un cambio de régimen y un cambio de modelo económico. Pero también me resulta evidente que eso ya no puede hacerse por la vía armada, la vía armada está cerrada no sólo en este país sino a nivel mundial como forma de transformación del estado. El ciclo de las revoluciones modernas que se inaugura con la revolución inglesa y termina con la revolución nicaragüense ya se acabó, ya está cerrado por múltiples razones tecnológicas y sociales de tal modo que se nos abre un desafío a los mexicanos. Hasta ahora todas las grandes transformaciones del régimen, todas las grandes reformas y todas las grandes creaciones de pacto social que han funcionado se han dado después de un proceso muy violento: la revolución de Independencia, la Guerra

de Reforma y de Intervención Francesa y la Revolución. Ahora el desafío es generar una transformación similar por una vía que no hemos ensayado los mexicanos, por una nueva vía.

¿Por qué te consideras “enemigo del actual régimen político”?

Porque este régimen no funciona, es una catástrofe, una catástrofe.

¿El régimen hace uso de la historia con fines políticos?

Lo intentaron pero no pudieron, no supieron hacerlo. El gobierno actual, como dijo hace poco en una conferencia sobre el bicentenario un amigo mío, el doctor Bernardo Ibarrola de la UNAM, no quiso, no supo, no pudo conmemorar el centenario y bicentenario porque no sabe, no quiere, no puede usar la historia porque no la entiende y no le gusta. Yo no veo en este gobierno ninguna historia oficial, digamos una versión dominante de la historia como la quiso imponer una parte del priísmo. No hay nada parecido: lo que hay es un desinterés y un abandono por la historia porque no les gusta y no la entienden. Y no es todo el panismo porque hay sectores que sí la entienden, que sí les gusta, sobre todo la que está abierta a la corriente liberal.

¿Hay lectores para los libros de historia?

Sí hay.

¿Qué opinas de otro auge: la historia novelada?

Lo que pasa es que no me gusta...

¿Te ha guiñado el ojo?

Bueno, acabo de escribir una novela, a ver cómo sale. El problema de la historia novelada es que en general no me gusta, me gusta muy poco. Por ejemplo: a Francisco Martín Moreno y a Catón los detesto y algunos otros no me convencen. Los intentos que han hecho para novelar a Mariano Matamoros, a Vicente Guerrero y a Hermenegildo Galeana son bien intencionados pero no convencen y tan no convencen que la gente no los lee: ése es el problema de la historia novelada que está saliendo. Libros que hayan tenido un impacto, que se hayan vendido, se cuentan con los dedos. Están los de Rafael F. Muñoz, Agustín Yáñez y Jorge Ibarguengoitia pero son de hace cincuenta y cuarenta años. De los más recientes: *La lejanía del tesoro* de Paco Ignacio Taibo II tiene veinte años. De esta ola reciente: el *Zapata* de Pedro Ángel Palau, *Matamoros. El resplandor en la batalla* de Silvia Molina y *El Guerrero del Alba* de Raquel Huerta Nava son intentos interesantes que no han cuajado, tan es así que no se han convertido en éxitos editoriales como sí lo han sido estas obras nefastas de Catón y Francisco Martín Moreno. Quizá el mejor de todos estos bien intencionados, bien hechos, sea el *Victoria* de Eugenio Aguirre aunque no he leído todavía su *Hidalgo. Entre la virtud y el vicio*.

A mí sí me gusta el intento y me gustaría que hubiera

un Arturo Pérez-Reverte mexicano capaz de escribir una gran novela, capaz de venderla y de convencer a novelistas históricos como los gringos o un Valerio Massimo Manfredi, italiano que escribe novelas que se venden en todos los idiomas. Eso es lo que yo quisiera. No están todavía. Creo que el último que se acercó fue Paco Ignacio Taibo II pero hay muchos: Eugenio Aguirre, Silvia Molina, Raquel Huerta, Alejandro Rosas –que desde que se separó de José Manuel Villaplando ha mejorado notablemente–, Benito Taibo y Francisco Pérez Arce. Me parece que estos literatos no han encontrado todavía la forma eficaz, les falta dar ese paso que convierta sus novelas históricas en grandes novelas, espero que vayan hacia allá. Espero verlos.

Yo diría que sigan trabajando, que trabajen con más ahínco. Les tengo más fe a ellos que a la academia, creo que están haciendo más esfuerzos de difusión.

Como historiador ¿qué preguntas se respiran en el día?

Yo me pregunto sobre estos problemas de transformación del estado para buscar los mecanismos que nos están urgiendo. Por ejemplo: he estado preguntándome mucho sobre los intentos parlamentarios serios y bien fundamentados de construir una república parlamentaria en México. Hay que leer a Francisco Zarco, a la Convención zapatista y villista, los intentos serios por construir una auténtica democracia municipal que es la base de la democracia en todo el mundo donde realmente se ejerce la participación ciudadana. Hay que leer la Revolución mexicana, la Reforma y la Intervención Francesa porque son los grandes procesos de participación masiva de los mexicanos en su propio destino y organización. Hay que preguntarnos cómo se han hecho estas grandes transformaciones para ver la que México requiere.